

EL DÍA MENOS PENSADO APARECISTE EN MI VIDA

La muchacha es abogada, muy fina, una mezcla entre intelectual y cheta, ojos color verde esmeralda cristalino, piel blanca como un mármol delicado, pelo oscuro (negro como la sombra) debajo de los hombros, sagaz en las palabras, es como si siempre estuviera hablando con conceptos difíciles, con una astucia extraordinaria, y siempre a la defensiva. Siempre. Difícil entrarle en una charla común.

Desde el primer momento en que la vi sentada en esa oficina de Rentas en su escritorio rabiando con la computadora, sentí que el alma me estallaba en pedazos. En mil pedacitos. Es como si desde ese mismo momento la vida me daba un giro que yo no podía entender. Fue brutal. La vi y todo pareció mágico. Ya sé que esto, escrito así, parece una pelotudez, pero tendrían que haber estado en mi cuerpo, en mis pensamientos, en mis sensaciones en ese momento, en ese día. Yo estaba parado frente a ella y ella me miró con esos ojazos, y empecé a tartamudear como un estúpido. Así como lo digo como un estúpido.

-Soy la doctora Rinaldi... -me dijo al presentarse con chapa y todo.

Pero bueno entendí que los abogados hasta para escribir un mensaje en el teléfono ponen que son doctores.

-Leandro -contesté- Técnico, casi ingeniero en informática y jugador frustrado de fútbol e hincha casi fanático de River. -continué con el comentario, intentando hacerme el gracioso. Pero me miró como si fuera un estúpido. Y creo que en ese momento lo parecí por completo. Aunque con disimulo la vi sonreír. Una mueca. Pequeña, pero mueca al fin.

El asunto es que le miré la computadora, llena de programas inútiles, era un armatoste viejo, me llevó un largo rato, más el tiempo que estaba demorando a propósito para poder charlar con ella de cualquier cosa. Cosa que a ratos se hacía imposible. Sobre su escritorio tenía dos o tres carpetas inmensas, llenas de formularios que leía con detenimiento.

-Tiene arreglo o tengo que pedir que me traigan otra. -volvió hablarme después de unos minutos de profundo y molesto silencio.

-Ya es una máquina vieja. Conviene que tengas una nueva, así no sufrís más con el tiempo en que demora abrir cada página de internet, cada archivo, cada programita de estos que ocupan mucho espacio en el funcionamiento de la máquina.

-Tenés idea de cómo hacer esa la solicitud... es que llevo dos semanas aquí. Y la verdad que hay un montón de situaciones que no entiendo aún, entre ellas hacer ese pedido a mi jefe.

-Tranquila doctora, yo le ayudo hacer esa solicitud. -le respondí entre una ironía sutil y con humor-. Acá si la ven trabajando mucho le van a cortar hasta internet. Se trabaja poco. La cantidad de veces que me hacen venir a revisar máquinas que no tienen nada. Solo excusas de algunos empleados para no trabajar. En cambio te veo... perdón... la veo a usted con esas carpetas, trabajando a full. Ojala que todos pudieran seguir su ejemplo.

-Escoba nueva siempre barre bien. Aunque espero no convertirme en eso. Mi idea es estar un tiempo y empezar a trabajar en modo privado.

-Yo lo mismo, me han ofrecido un contrato a sueldo fijo para estar exclusivo acá y les he dicho que no. Yo llevo más de quince años arreglando las computadoras de este lugar. Entré cuando apenas era un estudiante de informática, tenía un contacto, me hizo la pata. Un día se les clavó el sistema y me llamaron a mí. Lo resolví y pasé a ser parte del staff casi permanente.

-Así mirá vos.

-Perdón doctora, usted está ocupada y yo hablando de estas cosas...

-No... no... puedo hacer las dos cosas. No hay problemas. Mientras me arreglés la máquina y me ayudes con la solicitud de una nueva.

-Claro que sí, es mi trabajo y lo hago bien.

-Una pregunta... puedo... me dio curiosidad. -me dijo.

-Sí, claro.

-¿Por qué te presentaste como un frustrado jugador de fútbol?, eso me pareció raro. Me da intriga. Yo odio el fútbol, pero mi padre fue presidente de uno de los clubes locales, de hecho una de las calles donde está el estadio lleva su nombre.

-Sí, claro. Sé perfectamente cuál es ahora que lo decís. ¿Puedo tutearte, no?, de hecho, yo jugué hasta los diecisiete años en ese club. Hasta que me destruí la tibia y el peroné, y tuve que dejar de jugar. Yo estoy en parte muy agradecido con el doctor Rinaldi, que grata coincidencia que vos seas su hija. Él me ayudó mucho en la recuperación. El club, me pagó las seis operaciones que tuve. Después que tu papá murió ya nadie más se interesó en saber de mí. Y con el tiempo perdí toda posibilidad de volver a jugar. Y así me las tuve que rebuscar en otras cuestiones. Empezar la universidad, estudiar esto que odio, pero que lo aprendí sin dificultades.

-Mirá... qué bueno saber que mi papá fue bueno con vos. Que no te dejó abandonado. Sin embargo por ese club de mierda y todos esos quilombos que tenía

todo el tiempo, se enfermó y la enfermedad se lo comió en tres meses. Yo estaba por empezar abogacía. Y a esa edad quería ser un buen abogado como había sido él. Aprender de él. Y ahora solo tengo relatos y un estudio jurídico lleno de libros, lleno de casos resueltos. Pero nunca pude hablar de ningún caso con él. Siempre metido en ese club. Con esa gente de mierda.

-Perdón... no sabía que esto le iba a traer esos recuerdos tan feos.

-Vos no tenés la culpa. Son cosas que aún me siguen dando rabia y tristeza cuando las pienso. Pero es bueno saber de mi padre por otra gente.

-Si querés te cuento cuando con él, dos compañeros más del equipo y el técnico de la primera, nos fuimos a probar a Boca. Obvio, esto fue antes de que me lesionara. Tu viejo tenía amigos en todos lados, y en ese momento necesitaban jugadores delanteros y mediocampistas en ese club. Y yo jugaba de diez. Te imaginás que no todos los días tenés esa posibilidad. Pero bueno, no era sencillo estar allá.

-Pero ¿vos no sos de River, casi fanático? Bah, digo, como te presentaste de ese modo.

-Sí, ese fue todo un tema para mí. No fue fácil. Era adolescente y quería jugar al fútbol. En fin esa era una posibilidad única... y tu viejo se cagaba de la risa con ese asunto, es más me hizo sacar una foto con la camiseta de Boca en la Bombonera. Obvio, nunca se la mostré a nadie pero aún conservo esa foto con mucho cariño. En esa foto sale tu papá, si querés la escaneo y te la mando por mail o te imprimo una copia.

-Bueno, sí, claro. Me encantaría tener una foto de él. Más en el estadio de Boca. Mirá vos... yo no sabía que él había acompañado a jugadores que se probaran en Boca.

-Sí, pero no solo a Boca. A otros compañeros los llevó a probar a Independiente, a Rosario Central, a Estudiantes de La Plata. A varios clubes. Me acuerdo bien en ese viaje, don Rinaldi, tenía la teoría de que los jugadores del interior tenían que ser vistos desde Buenos Aires, así los clubes pequeños podrían tener modos de generar lazos con el fútbol nacional, donde es más competitivo el asunto. Pero lamentablemente, cuando él ya no estuvo más, eso dejó de ser una prioridad para el club.

-Fueron unos porquerías en ese club. Fueron unos desagradecidos. Tantos años que trabajó gratis para ellos, con tanto esfuerzo, que no han sido capaz ni de llevar una flor al cementerio. Gente que se decía ser sus amigos. Nada. Prefiero ni cruzármelos.

-A mí me pasó lo mismo, obviamente a otro nivel. Después que falleció tu padre, yo recién salía de la última operación, tenía por lo menos para seis meses más de inhabilitación para cualquier trabajo y luego la rehabilitación. Cuando supe la noticia, no pude parar de llorar todo ese día. Esa sensación de que se fue un amigo de todos en el club.

-Es así. Ese club era el espíritu de mi viejo, después que falleció salieron los buitres a comer la carroña del muerto. Yo ni siquiera puedo pasar por el frente del club. Y eso que de niña estuve muchas horas allí, nos llevaba con mi hermano a ver los partidos.

-Ahora que lo decís, recuerdo perfectamente una vez que me hizo pasar a su oficina y haber visto en un portarretrato grande una foto de tu familia, seguramente en la que estabas vos.

-Sí, me acuerdo de esa foto, claro. Pero cuando falleció la nueva gerencia del club levantó todas las cosas de él y nos las mandaron a casa, incluida esa foto en cajas que se habían humedecido y muchos de esos papeles se perdieron. En fin, para mí es una historia pasada. Muy del pasado. Dolorosa a veces, como todas las cosas que a veces nos pasan.

-Perdón... nunca me dijiste tu nombre... solo te presentaste como la doctora Rinaldi... -digo como para alivianar el tema del club.

-Tenés razón. Los abogados, solemos ser muy formales en las presentaciones... -contesta riendo-. Manuela es mi nombre. Manuela Rinaldi.

Luego de ponerle la computadora en marcha. Y de la charla que habíamos tenido, me tuve que ir. En mi cabeza todo era distinto... mientras iba en el auto no dejaba de pensar en ella, veinte mil imágenes distintas me daban vueltas sin control. Su belleza es tal, que es imposible olvidarla. Uno hace que tenga cada uno de los comentarios que ella hizo tatuados en el alma a fuego.

Espero mañana volver por allí y tener coraje para invitarla a tomar aunque sea un café.